

vez bárbaramente en un campo muchos confesores de Jesucristo; y cuando aun humeaba su fresca y espumosa sangre, llegó allí corriendo muy fatigada cierta mujer cristiana. Apenas se presentó en el campo, besó infinitas veces aquellas preciosas reliquias de las víctimas sacrificadas. Despues, habiendo tomado con sus manos de aquella sangre todavía caliente, se untó y frotó bien con ella toda á sí misma. Hecho esto, y confesando en alta voz ser cristiana, se volvió intrépida al tirano, el cual, habiéndola mirado con ojos torcidos una y dos veces de piés á cabeza, y habiendo visto aquellas señales de sangre que le mostraban bien claro lo acaecido, la condenó al fuego sin dilacion. Hermanos míos, aprendamos de santa Blandina la respuesta que debemos dar á todas las persuasiones de los que quieran seducirnos. Yo soy cristiana, dijo ella, soy cristiana. Yo soy cristiana, digamos tambien nosotros, y así ¿cómo te atreves, oh carne, á lisonjearme con tus dulces instigaciones? Yo soy cristiano, y así ¿para qué me importunas, demonio, con tus sugerencias? ¡Oh respuesta, que allana todas las dificultades, que desvanece todas las oposiciones, que santifica la tierra y que consueta al cielo! Así sea.

Pasajes y figuras de la sagrada Escritura y autoridades de los santos padres. Véase: CRISTIANO.



CARACTERES

DEL ESPÍRITU DE DIOS Y DEL MUNDO.

Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est.

Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que viene de Dios.

(1. Cor. II, 12.)

El espíritu de Dios y el del mundo, dice S. Agustin, forman acá en la tierra dos ciudades, Babilonia y Jerusalem, y cada una tiene sus leyes, sus máximas, sus ciudadanos; y habiendo sido fabricadas en la tierra, desde el principio del mundo, siempre han separado invisiblemente, y á los ojos de Dios, los hijos del cielo de los del siglo. Estos dos espíritus dividen todo el universo, las ciudades, los imperios y las familias: se hallan en todos los estados, entre los grandes y entre el pueblo; en todos los lugares, en el mundo y en el retiro, en la córte y en los claustros. Vosotros, que me escuchais, seais quien fuereis, sois ciudadanos de una de estas dos ciudades, esto es, sois, ó de Babilonia, ó de Jerusalem; estais animados, ó del espíritu de Jesucristo, ó del espíritu del mundo; y el estarlo á un mismo tiempo de ambos es imposible, dice Jesucristo: aun más imposible es el no estarlo de ninguno de los dos; nadie puede dividirse entre los dos, ni dejar de ser de alguno de ellos; y como es necesario que el uno domine en nuestro corazon, tambien lo es el que sea dueño de él, ó el amor del mundo, ó el de Jesucristo.

Este es el estado de todos los hombres; todos hemos elegido uno de estos dos partidos; es verdad, que aun estamos confundidos con unas exterioridades que nos son comunes; con unas obligaciones exteriores, que todos igualmente cumplimos; con las necesidades corporales, á las que aun estamos todos sujetos: pero un espíritu invisible nos distingue y nos separa, y tenemos dentro de nosotros mis-

mos un hombre interior muy diferente. El espíritu que nos impele y nos anima no es el mismo; y Dios, que solo juzga de nosotros por lo que somos interiormente, sabe bien distinguir en esta confusión en que vivimos, los que le pertenecen de los que no son suyos. Trátase, pues, hoy, de que nos conozcamos nosotros mismos; de preguntarnos á quién pertenecemos, á quién se inclina nuestro corazón, cuál es el amor dominante que se halla en nuestros actos, en nuestros deseos, en nuestros pensamientos: en una palabra, si vivimos con el espíritu del mundo, ó con el de Jesucristo. Antes de entrar en el asunto, imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. El primer carácter del espíritu de Dios es ser un espíritu de separación, de recogimiento y de oración. Apenas fueron llenos de él los apóstoles, cuando renunciaron á los demás cuidados exteriores, para entregarse solamente á la oración y al santo ministerio de la palabra: estos hombres, que antes no habían podido aguantar una hora entera de recogimiento con Jesucristo; que aun ignoraban lo que debían hacer para orar; que merecían que el mismo Jesucristo les reprendiese de que hasta entonces nada hubiesen pedido en su nombre; estos hombres, luego que el espíritu de Dios toma posesión de su corazón, perseveran, dice S. Lucas, en la oración con los fieles; van continuamente al templo, á diferentes horas del día, para levantar en él sus manos puras al cielo. Si la Sinagoga los persigue, hallan en la oración el consuelo más sólido de sus penas; si los encierran en las cárceles, hacen que en aquellos lugares de horror resuenen cánticos de alegría y de acción de gracias; si temen, que preso Pedro, y lejos de su rebaño se descarrien las ovejas por la herida del pastor, todos juntos recurren á la oración, y sus fervorosas y continuas súplicas alcanzan de Dios la libertad de este apóstol. Finalmente; estos hombres tan carnales, tan disipados, tan enemigos del recogimiento y de la sujeción, se hacen repentinamente hombres de oración, hombres interiores, espirituales, recogidos, que viven como ciudadanos del cielo; y, en medio de Jerusalén, están tan ocupados con Jesucristo, tan llenos de sus maravillas y de sus beneficios, como si estuvieran en el monte de Galilea.

Ved, pues, aquí, la primera mudanza, que el espíritu de Dios obra en una alma; ved como ocupa el lugar del espíritu del mundo en su corazón; como muda sus deseos, sus fines, sus inclinaciones y sus pensamientos; como hace que le sean indiferentes ú odiosos todos los objetos que se presentan, y en los que antes hallaba tanto gusto; y como llena su corazón del Dios de paz y de consuelo, que hasta

entonces había estado desterrado de él, y hace que halle toda su felicidad y todo su consuelo en esta misma paz. La más suave ocupación de esta alma, á quien el espíritu de Dios impele y llena, es el entrar dentro de sí misma; y como en su interior halla á su Dios, no sale de él sino con sentimiento; vuelve continuamente al mismo lugar, no obstante las distracciones y obligaciones exteriores é inevitables de la cortesía, y que, al parecer, debieran distraerla; aun en medio del tumulto y de las conversaciones del siglo, se forma una secreta soledad en su corazón, en el que continuamente conversa con el Señor, que mora en él, ó se queja á él mismo de la triste necesidad que la empeña aun en ocupaciones y atenciones mundanas; en el que con continuos actos de amor y celo le indemniza de todos los ultrajes de que la es preciso ser testigo; en el que apela á su ley y á su verdad de todas las falsas máximas, que continuamente oye que se esparcen entre los hombres; en el que, finalmente, vive y reside más tiempo que en las disipaciones exteriores á que la precisa su estado, pero en donde no se halla bien su corazón.

Por eso S. Pablo llama al hombre cristiano, hombre espiritual ó interior, y al hombre mundano y pecador, hombre exterior, es decir, que después que una alma ha recibido el espíritu de Dios, y que está verdaderamente animada de él, toda su vida es casi invisible é interior; cuanto hace, nace de este principio divino é invisible de que está llena; aun las acciones más comunes se santifican con la fe secreta que las purifica: si come, si se alegra, si llora, si se halla en estado elevado ó abatido, en abundancia ó en miseria, con salud ó enfermedad, en todos sus estados halla motivo de reflexiones santas; cuanto ve, lo ve con los ojos de la fe: los sucesos y variedades del mundo; las revoluciones de los estados é imperios; la decadencia ó elevación de las familias; la abundancia ó desgracias de los siglos; la licencia ó renovación de las costumbres; las caídas de los justos ó la conversión de los pecadores; la decadencia ó exaltación de la verdad entre los hombres; las desgracias ó el favor de los particulares; finalmente, todas estas eternas revoluciones, que la figura del mundo presenta continuamente á nuestra vista, y que en las almas mundanas despiertan pasiones del mundo, son continuas y secretas enseñanzas para una alma llena y animada del espíritu de Dios; todo la llama á las verdades de la fe; todo la manifiesta con nueva claridad la nada de las cosas humanas, y la grandeza de los bienes eternos; el mundo entero no es para ella más que un libro abierto, en que continuamente descubre las maravillas de Dios, y la monstruosa ceguedad de casi todos los hombres. Este espíritu de fe,

de recogimiento y de oracion es quien nos dá testimonio de que hemos recibido el espíritu de Dios, y que él habita en nosotros. Esta es la vida interior y espiritual, que distingue á los justos de los mundanos, y es el más esencial carácter de la piedad cristiana.

Los justos, en los Libros santos, son los que viven de la fe; que viven como ciudadanos del cielo; que no tienen gusto sino para las cosas sobrenaturales; que se sirven de este mundo como si no se sirviesen de él; que le miran como una figura que pasa; que no fijan sus ojos en las cosas visibles, sino que esperan las invisibles, como si ya las viesén; que no juzgan de lo que estiman los hombres por lo que parece, sino por la verdad que no se manifiesta; que son extranjeros y pasajeros en la tierra; que son ciudadanos del siglo futuro, que todo lo ordenan á aquella eterna patria, hácia donde caminan sin cesar, y en nada tienen todo lo que pasa y no puede permanecer siempre. A la verdad, luego que el espíritu de Dios es el espíritu dominante que nos gobierna y anima, debe reglar nuestros deseos, reformar nuestros juicios, renovar nuestros afectos, espiritualizar nuestros fines, y restituírnos á nosotros mismos; debemos ver con los ojos del espíritu, obrar por la impresion de este espíritu, no desear más que los bienes espirituales: finalmente, toda nuestra vida debe ser espiritual, y como vida de Dios en nosotros.

Nosotros, amados oyentes, debemos juzgarnos ahora por esta regla: ¿hallamos dentro de nosotros mismos este primer carácter del espíritu de Dios? Examinemos cual es el espíritu que domina en nuestros juicios, en nuestros deseos, en nuestros afectos, en nuestros fines, en nuestros proyectos, en nuestras esperanzas, en nuestras alegrías, en nuestros pesares, finalmente, en todas las particularidades de nuestra vida. Yo no pregunto si nos engaña alguna vez el espíritu del mundo. ¡Ah! ¿Cuál es el alma fiel, que, en medio de los peligros de que nos hallamos cercados, no se deje muchas veces sorprender de sus ilusiones y artificios? Lo que pregunto es; ¿si es el espíritu de Dios, ó el del mundo, el que nos posee y domina en nosotros? Y cuando digo que os lo pregunto, no es porque yo lo ignore, sino para obligaros á que os lo preguntéis á vosotros mismos, porque á mí no me permiten las reglas de la fe dudar, que la vida de la mayor parte de mi auditorio, y aun la de aquellos que viven en la profesion exterior de la piedad, es una vida llena del espíritu del mundo, y, por consiguiente, vacía del espíritu de Dios, indigna de la salvacion y de las promesas eternas.

Primeramente, porque se pasa toda fuera de nuestro corazón: es una vida absolutamente exterior, y, por consiguiente, distante de

Dios. Los cumplimientos nos divierten; las obligaciones nos ocupan; los placeres nos distraen; los negocios nos inquietan; la inutilidad nos cansa; nada de todo esto nos llama á nosotros mismos, ni á nuestro corazón; ni aun las obras de piedad pueden fijar la distraccion de nuestra alma; nuestro corazón está en el mundo, mientras consagramos nuestro cuerpo á los ejercicios piadosos; nuestro espíritu anda errante en mil vanos objetos, mientras que nuestra boca se abre para rezar los santos cánticos; nuestra imaginacion está llena de fantasmas peligrosas, mientras queremos fijarla en la memoria de los misterios de nuestra salvacion: finalmente, con unas costumbres arregladas en el exterior, y laudables á la vista de los hombres, somos, no obstante, siempre extranjeros para nosotros mismos; huimos de nosotros; buscamos las diversiones que nos distraen; tememos el encontrarnos con nosotros mismos; señal infalible de que Dios no habita en nosotros; porque si habitara, estaríamos contentos con nosotros mismos; no temeríamos á nuestro corazón, en el que hallaríamos nuestro tesoro, y el Dios de nuestro consuelo.

En segundo lugar, digo: que nuestra vida es una vida llena del espíritu del mundo, y vacía del espíritu de Dios, no solamente porque no es interior y recogida, sino tambien porque el espíritu del mundo es quien forma los deseos, quien gobierna los afectos, quien arregla los juicios, quien produce los fines, quien anima todos los pasos de todas las cosas que nos rodean, de todos los sucesos que nos mueven, y de todos los objetos que nos interesan; pensamos como el mundo, obramos como el mundo, y sentimos como el mundo; las aflicciones nos abaten; las prosperidades nos ensoberbecen; los desprecios nos alteran; los honores nos lisonjean; llamamos felices á los que consiguen en el mundo sus deseos, y á los que no, los tenemos por dignos de lástima; envidiamos la fortuna ó el favor de nuestros superiores; no llevamos con paciencia la de nuestros iguales; miramos con desprecio la condicion de aquellos que la naturaleza ha sujetado á nosotros; finalmente, nuestros fines, nuestros juicios, nuestras máximas, nuestros deseos, nuestras esperanzas son mundanas. No tenemos que hacer más que sondear nuestro corazón, y nos veremos precisados á confesarlo. Pero el espíritu de Dios no habita en donde reina el espíritu del mundo.

2. El segundo carácter del espíritu de Dios consiste en ser un espíritu de abnegacion y penitencia. Y este carácter es consecuencia necesaria del recogimiento y vida interior de que acabo de hablar. A la verdad, luego que el espíritu de Dios nos llama dentro de nosotros mismos, y hace que habitemos dentro de nuestro corazón, nos des-

cubre lo que somos, nos hace patentes todos los horrores de nuestras pasadas costumbres, hace que conozcamos en nosotros mil pasiones y mil miserias, que nos habian ocultado la distraccion y ceguedad de la vida mundana; nos manifiesta toda la corrupcion de nuestras inclinaciones, la hinchazon de nuestro corazon, la oposicion que tenemos al bien y á la justicia, la herida que el mundo y las pasiones han hecho en nuestra alma; nos convence de que estamos sepultados en un desórden universal, respecto de los verdaderos bienes; que nuestra voluntad, nuestro espíritu, nuestra imaginacion, nuestros sentidos y nuestro cuerpo, todo está desordenado en nosotros, y rebelado contra el órden, contra la verdad y la justicia. Es, pues, imposible, que descubriéndonos este oculto y universal desórden de todas las facultades de nuestra alma, no produzca en nosotros dos disposiciones: la primera, restablecer el órden que ha turbado en nosotros el pecado: la segunda, vengar la justicia de Dios ultrajada con este desórden. Dije, en primer lugar, *restablecer el órden que ha turbado en nosotros el pecado*, porque las luces de que llena el corazon el espíritu de Dios, no son luces estériles, sino unas luces vivas y eficaces; este espíritu obra en todas partes donde se halla, y hace amar las verdades que enseña, porque muda el corazon á quien ilumina. Las almas mundanas pueden, á la verdad, conocer el desórden de su corazon y la corrupcion de sus inclinaciones; pero solo lo conocen por las inquietudes que padecen, y no por la turbacion del buen órden; y como estas luces no son más que secretas reprensiones del amor propio, aunque hagan aborrecer sus males, no hacen amar el remedio.

Pero, una alma renovada con el espíritu de Dios aborrece en sí todo cuanto ve que se opone á la verdad y á la justicia. Las nuevas luces, que casi en cada accion la manifiestan el desórden de sus afectos é inclinaciones, la animan con un santo celo, para encaminarlas al órden y á la regla. De este modo, pone todo su cuidado en restablecer en su corazon, con continuas violencias, el órden que las pasiones injustas habian turbado en él. Nada se perdona; detesta lo que no puede corregir; cuando los cuidados y los esfuerzos son inútiles, recurre á los gemidos, y padece más con las miserias, que aun no puede curar, que con las violencias que se hace para libertarse de aquellas de que la purifica la gracia. Esta es la primera disposicion para este espíritu de abnegacion y penitencia, que obra en nosotros el espíritu de Dios; y de aquí podemos fácilmente inferir, si le hemos recibido, ó si aun vivimos con el espíritu del mundo. ¿Es esta la disposicion de nuestro espíritu? Es verdad, que nuestra vida presente está exenta de gravísimos pecados: pero ¿qué violencia hacemos á todas nuestras

inclinaciones? ¿Cuánto nos cuesta el combatirnos á nosotros mismos y el vencernos? ¿Qué cosa negamos á nuestro corazon y á nuestros deseos?

La segunda disposicion de este espíritu de abnegacion y de penitencia, que es el carácter del espíritu de Dios, es el vengar la justicia divina, ultrajada con el desórden de nuestras pasiones; quiero decir, que la violencia nos es indispensable, no solamente por la necesidad que tenemos de reglar y reformar nuestro corazon, reprimiendo sus desordenados apetitos, sino tambien por la obligacion en que estamos de satisfacer á la divina justicia, á quien hemos irritado con el desórden de nuestros afectos: este es el primer pensamiento que el espíritu de Dios obra en una alma renovada; la hace que tome parte en los intereses de la divina justicia contra sí misma; la penetra con el temor de sus juicios; la anima con un santo celo contra una carne, que ha servido á la iniquidad. El espíritu, que os prometo, decia Jesucristo á sus discípulos, convencerá al mundo en órden á la justicia, y en órden al juicio: *Arguet mundum de justitia, et de judicio*. JOANN. XVI, 8. Esto es; dará á conocer á los hombres, cuán responsables son á la divina justicia de sus desórdenes; cuánto deben padecer para satisfacerla; cuánto he padecido yo mismo para reconciliarlos con ella; y hasta que punto pide la justicia, que el pecador se castigue á sí mismo para expiar sus delitos, y prevenir la severidad de los juicios del Señor, que no puede dejarlos sin castigo. Para conocer, pues, si hemos recibido el espíritu de Dios, no tenemos más que hacer, que entrar dentro de nuestro corazon. ¿Advertimos en nosotros aquel celo de penitencia, que no se satisface ni con las lágrimas, ni con los gemidos, ni con las mortificaciones, porque nunca se persuade haber suficientemente satisfecho á la justicia divina? ¿Nos miramos como pecadores á quienes están prohibidos todos los deleites, y que solo pueden evitar la muerte eterna, que por sus pecados han merecido, condenándose á una muerte temporal, esto es, muriendo todos los dias con la penitencia al mundo, á su carne, á sus deseos y á todas las criaturas? ¡Ah! todos nuestros cuidados se reducen á halagar una carne, á la que la justicia divina mira con horror y con ojos de indignacion; en vez de estar animados de un santo celo contra nuestro cuerpo, tenemos horror á todo lo que le molesta y mortifica; en vez de tomar parte en los intereses de la justicia divina, pleiteamos continuamente en nuestro favor contra ella; amamos más á nuestro cuerpo que á la justicia de Dios, que pide su castigo.

3. Finalmente; el último carácter del espíritu de Dios, es ser un

espíritu de fuerza y de valor: como éste es un espíritu que venció al mundo, trastornó los ídolos, aniquiló las supersticiones, confundió las preocupaciones, condenó los errores y las sectas, combatió contra las pasiones; en una palabra, como es un espíritu más fuerte que el del mundo, no teme al mundo: por eso los apóstoles, antes flacos y tímidos, á quienes habia intimidado la voz de una mujer, luego que descendió sobre ellos el espíritu de Dios, ya no conocen estos temores; se manifiestan con una santa confianza en medio de Jerusalem; anuncian en presencia de los sacerdotes y doctores á aquel Jesús, de quien antes no se atrevian á declararse por discípulos; desafian á los suplicios; responden con valor, que es más justo obedecer á Dios que á los hombres; y como si la Judea no presentara bastantes peligros, ni bastantes persecuciones á su valor, se derraman por todo el universo; y ni la ferocidad de los más bárbaros pueblos, ni el horror de los tormentos, ni la crueldad de los tiranos, ni la esperanza de la muerte más terrible, ni el mundo entero, levantado contra ellos, hace más que aumentar su firmeza y su constancia. Así es el alma, que está llena del espíritu de Dios; de aquel espíritu, que ensalza ó humilla á las personas según su gusto; que trastorna ó asegura los nombres y las fortunas; que forma ó destruye los reinos y los imperios: las grandezas y poder de la tierra no la parecen más que un átomo vano, incapaz de intimidarla, y aun indigno de su vista y atención.

No hay cosa, pues, que iguale á la elevación, nobleza y firmeza de un alma, á quien posee el espíritu de Dios. La elevación y firmeza que da el mundo, siempre está mezclada de condescendencia y de bajeza, porque siempre está sujeta al mundo, y depende de él por alguna parte; mientras estamos unidos al mundo, siempre le tememos; pero una alma justa no le teme, porque no está unida á él; sus juicios la son indiferentes; sus discursos y burlas no la inquietan más que el sonido de una campana, que resuena; hace gala de la virtud delante de los mismos que la desprecian; solo cede á la verdad; solo atiende á la caridad; no usa de aquellas tímidas condescendencias en que padece la piedad, y que en vez de edificar á los pecadores, que nos las piden, los confirman en sus injustos errores. ¿Es este nuestro carácter? Si nos juzgamos con sinceridad á nosotros mismos, confesaremos, que toda nuestra vida no es más que un tejido de artificios y de condescendencias reprobadas por la ley de Dios. En todas las ocasiones, sacrificamos las luces de nuestra conciencia á los errores y preocupaciones de aquellos con quienes vivimos; conocemos la verdad, y, no obstante, la retenemos con injusticia; no vivimos para nosotros mismos y para la verdad, vivimos para otros y para la vani-

dad; queremos agradar; no podemos vivir sin el mundo; nos unimos á él por fines de gloria, de fortuna, de establecimiento, de crédito, de reputación, de diversion, y aun de amistad y sociedad. No obstante, como en nuestro corazón conservamos alguna reliquia de amor á la verdad, como evitamos los grandes desórdenes, y como nos distinguimos del mundo por actos exteriores de piedad, creemos que no somos suyos, como aquellas almas mundanas á quienes tiene embriagadas: pero nos engañamos; á lo ménos es constante, que no pertenecemos al espíritu de Dios; que no es él quien nos gobierna y nos posee, porque este divino espíritu es un espíritu de fortaleza, de firmeza y de valor; no teme al mundo, porque le desprecia; no intenta agradar al mundo, porque está crucificado para él; no busca la aprobación del mundo, porque él es juez de sus juicios; no intenta adquirir la amistad del mundo, porque es su enemigo; no se deja llevar de los ejemplos del mundo, porque le ha vencido.

¡Gran Dios! Derrama hoy en nuestros corazones este triplicado espíritu de recogimiento, de abnegación y de firmeza, que, derramado en otro tiempo sobre tus discípulos, los hizo nuevos hombres, vencedores del mundo, y testigos de la verdad; aniquila en nosotros este espíritu del mundo, este espíritu de distracción, de falta de mortificación, de condescendencia y de cobardía, que tanto tiempo há cierra en nuestros corazones la entrada á tu divino espíritu; renueva en este día nuestros deseos, nuestros afectos, nuestras inclinaciones y nuestros pensamientos. Ven, Espíritu divino, á nuestros corazones; ocupa el lugar del mundo miserable, que nos desagradar, y á quien no tenemos valor para desagradar; y después de haber establecido tu morada en nosotros acá en la tierra, haz que seamos templos eternos de tu gloria y de tu verdad. Amen.